

Título original: *Vårt behov av tröst är omätligt...*

*Pepitas de calabaza s. l.*  
*Apartado de correos n.º 40*  
*26080 Logroño (La Rioja, Spain)*  
*pepitas@pepitas.net*  
*www.pepitas.net*

*Vårt behov av tröst är omätligt...* © Stig Dagerman,  
first published by Norstedts, Sweden, in 1952.  
Published by agreement with Norstedts Agency

© De la presente edición: Pepitas ed.

Traducción del sueco: © José M.<sup>a</sup> Caba  
Fotografía y grafismo: Julián Lacalle  
Fotografía de Stig Dagerman: Revista *Cenit* (Toulouse)

ISBN: 978-84-17386-53-5  
Dep. legal: LR-1514-2019

Primera edición, enero de 2020

## ÍNDICE

Nuestra necesidad de consuelo es insaciable ..... 7

### Anexos

MARC TOMSIN

Stig Dagerman, un escritor anarquista ..... 21

STIG DAGERMAN

El anarquismo y yo ..... 29

FEDERICA MONTSENY

Stig Dagerman, o la tragedia del genio ..... 39

STIG DAGERMAN

¡Cuidado con el perro! ..... 53

STIG DAGERMAN

Nuestra necesidad  
de consuelo es insaciable...

ESTOY DESPROVISTO DE FE y no puedo, pues, ser dichoso, ya que un hombre dichoso nunca llegará a temer que su vida sea un error sin sentido hacia una muerte cierta. No me ha sido dado en herencia ni un dios ni un punto firme en la tierra desde el cual poder llamar la atención de Dios; ni he heredado tampoco el furor disimulado del escéptico, ni las astucias del racionalista, ni el ardiente candor del ateo. Por eso no me atrevo a tirar la piedra ni a quien cree en cosas que yo dudo, ni a quien idolatra la duda como si esta no estuviera rodeada de tinieblas. Esta piedra me alcanzaría a mí mismo, ya que de una cosa estoy convencido: la necesidad de consuelo que tiene el ser humano es insaciable.

Yo mismo persigo el consuelo como el cazador su presa. Por dondequiera que en el bosque lo vislumbre, disparo. A menudo no alcanzo más que el vacío; pero alguna que otra vez cae a mis pies una presa. Y como sé que el consuelo no dura más que el soplo del viento en la copa del árbol, me apresuro a apoderarme de mi presa.

¿Y qué tengo, entonces, entre mis brazos?

Puesto que estoy solo: una mujer amada o un desdichado compañero de viaje. Puesto que soy poeta: un arco de palabras que no puedo tensar sin un sentimiento de dicha y de horror. Puesto que soy prisionero: una súbita mirada hacia la libertad. Puesto que estoy amenazado por la muerte: un animal vivo aún caliente, un corazón que palpita sarcásticamente. Puesto que estoy amenazado por el mar: un arrecife de duro granito.

Pero también hay consuelos que me llegan como huéspedes sin haberlos invitado y que llenan mi aposento de odiosos cuchicheos: Soy tu deseo —¡jama a todo el mundo!—. Soy tu talento —¡abusa de él como abusas de ti mismo!—. Soy tu sensualidad —¡solamente viven los sibaritas!—. Soy tu soledad —¡menosprecia a los seres humanos!—. Soy tu deseo de muerte —¡corta!—.

El equilibrio es un listón estrecho. Veo mi vida amenazada por dos poderes: por un lado, por las ávidas bocas del exceso; y por otro, por la avara amargura que se nutre de sí misma. Pero rehúso elegir entre la orgía y la ascesis, aunque sea al precio de una confusión mental. Para mí no basta con saber que, puesto que no somos libres en nuestros actos, todo es excusable. Lo que busco no es una excusa a mi vida, sino todo lo contrario a una excusa: la reconciliación. Al fin me doy cuenta de que cualquier consuelo que no cuente con

mi libertad es engañoso, al no ser más que la imagen reflejada de mi desespero. En efecto, cuando mi desespero me dice: «Desespera, puesto que cada día no es sino una tregua entre dos noches», el falso consuelo me grita: «Espera, pues cada noche no es más que una tregua entre dos días».

Pero de nada le vale al ser humano un consuelo brillante; necesita un consuelo que ilumine. Y todo aquel que quiera convertirse en una persona malvada, es decir, una persona que actúa como si todas las acciones fueran defendibles, debería, al lograrlo, tener al menos la bondad de advertirlo.

Son innumerables los casos en los que el consuelo es una necesidad. Nadie sabe cuándo caerá el crepúsculo y la vida no es un problema que pueda ser resuelto dividiendo la luz por la oscuridad y los días por las noches; es un viaje imprevisible entre lugares inexistentes. Puedo, por ejemplo, andar por la orilla y sentir de repente el horrible desafío que la eternidad lanza sobre mi existencia y el perpetuo movimiento del mar y la huida constante del viento. ¡En qué se convierte entonces el tiempo sino en un consuelo por el hecho de que nada de lo humano es duradero y qué consuelo tan miserable que solo enriquece a los suizos!

Puedo estar sentado ante la lumbre en la habitación menos expuesta al peligro y sentir de pronto que

la muerte me rodea. Está en el fuego, en todos los objetos puntiagudos que me rodean, en la solidez del techo y en el grueso de las paredes, está en el agua y en la nieve, en el calor y en mi sangre. ¡En qué se convierte entonces el sentimiento humano de seguridad sino en un consuelo por el hecho de que la muerte es lo más cercano a la vida y qué consuelo más miserable que no hace más que recordarnos aquello que quiere hacernos olvidar!

Puedo llenar todas las hojas en blanco con la más hermosa combinación de palabras que mi cerebro pueda imaginar. Puesto que deseo confirmar que mi vida no es absurda y que no estoy solo en la tierra, junto todas estas palabras en un libro y se lo ofrezco al mundo. A cambio, este me da dinero, gloria y silencio. Pero qué me importa a mí el dinero y qué me importa contribuir al progreso de la literatura; solo me importa aquello que nunca consigo: la confirmación de que mis palabras conmueven el corazón del mundo. ¡En qué se convierte entonces mi talento sino en un consuelo a mi soledad y qué consuelo más terrible que solo consigue que sienta mi soledad cinco veces más fuerte!

Puedo ver la libertad encarnada en un animal que atraviesa veloz un claro del bosque y oír una voz que murmura: «¡Vive con sencillez, toma lo que desees y no temas las leyes!». ¡Pero qué es este buen consejo

sino un consuelo por el hecho de que la libertad no existe y qué implacable consuelo para quien entiende que el ser humano tarda millones de años en convertirse en lagarto!

Puedo, finalmente, descubrir que esta tierra es una fosa común en la que el rey Salomón, Ofelia y Himmler reposan uno junto al otro. De lo cual concluyo que el verdugo y la infeliz gozan de la misma suerte que el sabio, y que la muerte puede parecer un consuelo a una vida errónea. ¡Pero qué consuelo más atroz para quien querría ver la vida como un consuelo por la muerte!

No tengo filosofía alguna por la que moverme como pájaro en el aire o como pez en el agua. Todo lo que tengo es un duelo que se libra cada minuto de mi vida entre los falsos consuelos que solo aumentan mi impotencia y hacen más profundo mi desespero, y los consuelos verdaderos que me llevan a la liberación momentánea, o mejor dicho: el consuelo verdadero, puesto que solo existe para mí un consuelo verdadero, aquel que me dice que soy un hombre libre, un individuo inviolable, un ser soberano dentro de mis límites.

Pero la libertad empieza por la esclavitud y la soberanía, por la dependencia. La señal más cierta de mi servidumbre es mi temor de vivir. La señal definitiva de mi libertad es el hecho de que mi temor cede el si-





# Stig Dagerman, un escritor anarquista

MARC TOMSIN

El escritor anarquista (a la fuerza pesimista al ser consciente de que su contribución no puede ser más que simbólica) puede, por el momento, atribuirse con buena conciencia el modesto papel de gusano de tierra en el humus cultural que, sin él, quedaría estéril a causa de la sequía de las convenciones. Ser el político de lo imposible en un mundo donde los políticos de lo posible son muy numerosos es, a pesar de todo, un rol que me satisface a la vez como ser social, como individuo y como autor de *La serpiente*.

Stig Dagerman

ES DIFÍCIL IMAGINAR QUE el día 5 de octubre de 2006, Stig Dagerman habría cumplido ochenta y tres años, de tal forma infancia y adolescencia marcaron su obra. «El Strindberg que yo amé era el Strindberg adolescente, solitario, encogido, que tiritaba, el que en las noches invernales de la vida llegaba a calentarse las manos en el fuego de la esperanza de ser, un día, capaz de prender un gigantesco fuego con todo lo que fuera

frío, gris, podrido, triste y sucio. A ese adolescente yo lo comprendí y lo amé de la forma que solo un adolescente puede comprender y amar a otro adolescente». (*Mi encuentro con Strindberg*).

A los treinta y un años, el día 4 de noviembre de 1954, Stig Dagerman se encerró en su garaje, puso en marcha el motor de su coche y se asfixió. La tarde anterior había entregado su último artículo, «¡Cuidado con el perro!», al periódico de la Sveriges Arbetares Centralorganisation (SAC), *Arbetaren* (Trabajador), con el que colaboraba regularmente desde 1943.

A partir de 1941, a sus dieciocho años, Dagerman milita en el Círculo de la Juventud Sindicalista; en agosto de 1943 se casa con Ana María, hija de Fernando y de Elly Götze, anarcosindicalistas exiliados de Alemania a la subida al poder de Hitler, y después de España, con la victoria de Franco. Gracias a esta boda la joven esposa obtendría la nacionalidad sueca. En unas declaraciones hechas en París en enero de 1990 Ana María explicaba: «Quisiera decir algo que se desconoce en Suecia. Se dice que su padre fue anarquista, lo cual no es cierto; su padre era sindicalista, que no es lo mismo. Mi padre sí fue anarcosindicalista, las dos cosas a la vez. Fue él quien introdujo en el anarquismo a Stig. Durante los primeros años de nuestra vida en común los dos debatimos a menudo al respecto;

# El anarquismo y yo

STIG DAGERMAN

LOS DETRACTORES DEL ANARQUISMO no se hacen todos la misma idea del peligro ideológico que este representa y esta idea varía en función de su grado de armamento y de las posibilidades legales que tengan para hacer uso de él. Mientras que en España, entre 1936 y 1939, el anarquismo era considerado tan peligroso para la sociedad que se le disparaba desde ambos lados (no estuvo expuesto solamente, de frente, a los fusiles alemanes e italianos, sino también, por la espalda, a las balas rusas de sus «aliados» comunistas), el anarquismo sueco era considerado en ciertos círculos radicales, y en particular marxistas, como un romanticismo impenitente, una especie de idealismo político en los círculos liberales bien enraizados. De una forma más o menos consciente se cierra los ojos ante el hecho, sin embargo capital, de que la ideología anarquista, unida a una teoría económica (el sindicalismo), desembocó en Cataluña, durante la Guerra Civil, en un sistema

de producción que funcionaba perfectamente, basado en la igualdad económica y no en una nivelación mental, en la cooperación práctica sin violencia ideológica y en la coordinación racional sin asesinato de la libertad individual, conceptos contradictorios que, desgraciadamente, parecen extenderse, cada vez más, en forma de síntesis. Para empezar, y a fin de rechazar una variedad de crítica antianarquista como la de la gente que confunde su pobre pequeño sillón de redactor con un barril de pólvora y que, por ejemplo, a la luz de ciertos reportajes sobre Rusia, creen detentar el monopolio de la verdad sobre la clase obrera, tengo la intención, en las líneas que siguen, de detenerme sobre esta forma de anarquismo que es conocida, particularmente en los países latinos, con el nombre de anarcosindicalismo, y en los que se ha mostrado de gran eficacia no solo para la conquista de las libertades en otro tiempo sofocadas, sino también para la conquista del pan.

En la elección de una ideología política, este camino regio hacia un estadio de la sociedad que se parezca al menos en algo a los ideales soñados antes de darse cuenta de que las guías terrestres son desesperadamente falsas, interviene, casi siempre, la toma de conciencia del hecho de que la quiebra de las otras posibilidades, ya sean nazis, fascistas, liberales o de cualquier otra tendencia burguesa, o incluso socia-

listas autoritarias de todo tipo, no solo se manifiesta por la cantidad de ruinas, de muertos y de lisiados en los países directamente alcanzados por la guerra, sino también por la cantidad de neurosis, casos de locura y de desequilibrio en los países aparentemente exceptuados como Suecia. El criterio de anomalía de un sistema social no estriba solo en la irritante injusticia en el reparto de la comida, la ropa y las posibilidades de la educación, sino que ha de alcanzar también a la autoridad temporal que inspire el miedo entre sus administrados. Los sistemas basados en el terror, como el nazismo, muestran al instante su naturaleza por una brutalidad física que no conoce límites, pero una reflexión algo más profunda lleva a la conclusión de que los sistemas estatales, por más democráticos que sean, hacen recaer sobre el común de los mortales una carga de angustia que ni los fantasmas ni las novelas policíacas pueden igualar. Todos nos acordamos de aquellos grandes titulares, negros y terroríficos, en los periódicos durante la época de Múnich —¡cuántas neurosis no tendrán sobre la conciencia!—, pero la guerra de nervios que los amos del mundo están a punto de llevar a cabo en este momento en Londres contra la población del globo, por medio de la Asamblea General de la ONU, no es menos refinada. Dejemos de lado lo que tiene de inadmisibile el hecho de que cuatro de-

# Stig Dagerman, o la tragedia del genio

Federica Montseny

STIG DAGERMAN SE HA suicidado. Así, simple y brutalmente, las agencias han dado la noticia. Según parece extraerse del resultado de la investigación policíaca, Stig consiguió acabar con su vida asfixiándose en el garaje de su casa con el monóxido de carbono, repitiendo un gesto ya abortado en 1953. A los treinta y un años, en plena gloria, después de haber rehecho su vida, casándose en segundas nupcias con la actriz sueca, gracias al cine ya de fama mundial, Anita Björk.

Así concluye la noticia. Y nadie pregunta: ¿Por qué se ha suicidado Stig? Aparentemente estaba enfermo: una gran fatiga mental y nerviosa le había llevado ya a una clínica psiquiátrica en 1950. Pero para mí esa explicación no basta. ¿Por qué se ha suicidado Stig? ¿Por qué no ha podido triunfar de la enfermedad, de la crisis, de la vida, en suma?

EL HECHO de haberle conocido personalmente en 1950; de haber convivido con él; de haberme alojado en su misma casa; de conocer a su primera esposa y a sus hijos, el ambiente que le rodeaba; de haberme inclinado con curiosidad y con simpatía, con un poco de piedad y mucha admiración sobre el hombre y el escritor, sobre su drama presentido, sobre su gloria fulminante y su tragedia evidente, me dan el derecho de intentar escribir esta semblanza.

Stig surgió de nuestros medios. Empezó escribiendo en *Arbetaren* y ha terminado escribiendo siempre en *Arbetaren*: una poesía diaria, durante muchos días y bastantes años. Cuando escribió su primer libro, *Ormen —La serpiente—*, Stig no contaba todavía veinte años. Esa obra le colocó inmediatamente al frente de la juventud literaria sueca, agrupada alrededor de una revista titulada 40 y los números que a 40 seguían, a medida que pasaban los años que nos llevan de ese 40 a este 54. Su estilo, mezcla del simbolismo individualista de Ibsen con el pesimismo simbolista de Kafka, tenía sin embargo un sello personal, singular. Ya no era el adepto de una escuela, sino el creador de una nueva corriente literaria, impregnada de todo el



nihilismo angustioso de esos terribles años. La generación del 40, de la que él se hizo el máximo exponente en Suecia, estaba, en efecto, marcada por todo lo que fueron y continuarán siendo en la historia los terribles años que han seguido a aquel 40 simbólico. Desesperación, pérdida de toda fe en el hombre, degradado, destruido como valor individual y colectivo, reducido a la más espantosa de las miserias en los campos de concentración. Pérdida de toda esperanza en los destinos de la humanidad, amenazada de destrucción por los mismos progresos de la ciencia —edad atómica, iniciada por el horror de la bomba de Hiroshima—. Pérdida de todo impulso interior, de toda fe íntima en algo, en la eficacia y el apostolado de ninguna idea. He aquí la tragedia de la generación del 40, de la que fue máximo exponente Stig Dagerman en Suecia, sobre todo a través de su obra *De dömdas ö* (*La isla de los condenados*).

Pero lo trágico, lo angustioso y lo grande del hombre es que todo eso no fue para él nunca literatura. Sinceramente, la literatura tradujo un estado de ánimo, una crisis profunda de la conciencia: demasiado joven para saber esperar; demasiado absoluto en sus sentimientos y en sus pensamientos, Stig fue de los que, no pudiendo creer en Todo, no pudieron creer en Nada. Stig, en cierto modo, es el símbolo mismo del drama espiritual de la juventud moderna, herida de

# ¡Cuidado con el perro!

STIG DAGERMAN

«Es sin embargo lamentable que gente que vive de la ayuda social tenga un perro», acaba de declarar un concejal de Värmland.

La ley es ciertamente imperfecta: da a los pobres derecho a un perro. ¿Por qué no se procuran una rata? Es graciosa y no cuesta dinero.

He ahí gente que en su casa cuida a un perro toda su vida. Por qué no jugar con moscas que son también de excelente compañía.

La comuna es la que paga. Se ha de acabar esta breva si no, veréis que pronto querrán tener una ballena.

Yo, de medida, no veo más que una:  
matar a todos los perros. O, sin dudar,  
para salvar a los últimos de la comuna,  
será a los pobres a quienes se habrá de matar.

Última entrega de Stig Dagerman  
al periódico *Arbetaren*. 5 de noviembre de 1954